

—¿No tienes lengua, máscara? preguntó Julia.

—¡Mooo! rugió Pipá; y sacó la lengua por mitad de la húmeda cártulina que le servía de careta.

Irene estaba encantada. Pipá era el juguete más admirable que había tenido en su vida.

Grandes esfuerzos costó á la viuda satisfacer el deseo de su hija que se empeñó en que Pipá hablase, por lo mismo que á ella le parecía cosa imposible. Pero dádivas quebrantan peñas; Julia sacó dulces, frutas y mil golosinas que Pipá había visto á veces á través de los cristales en los escaparates de las confiterías, en esos grandes festines de vista que se dan los niños pobres cuando en Noche-Buena los roscones y ramilletes rebosan en los puestos de dulces, mientras los pobres pilluelos, con los desnudos piés entre el fango de la calle y la boca apretada contra el vidrio helado, se hacen unos á otros aquellas insidiosas preguntas:—¿Qué te comerías tú?—Yo aquella trucha de plata con ojos de cristal.—¿Te gustan las peladilas?—Sí, ¿y á ti?—También.—Pues, mira... como si no te

gustasen.—Pipá recordaba que de esas orgías fantásticas había salido muchas veces escupiendo por el colmillo el agua que se le venía á la boca. Y ahora tenía enfrente de sí, sin cristal en medio, al alcance de la mano, todos aquellos imposibles con azúcar que habían sido su primer amor al despertar de la infancia. Todo aquello se lo podía comer él, pero con una condición: tenía que hablar.

—Si nos dices cómo te llamas comes todos los dulces que quieras, ¿verdad, mona?

—Sí; y se guarda los demás, añadió Irene para mayor incentivo.

—¡Yo soy un difunto!—exclamó Pipá con la voz menos humana que pudo.

Julia contuvo una carcajada para no destruir el encanto de Irene.

—¿Y cómo te llamas, difunto?

—Pipá, replicó el pillete, echando mano á una caja de dulces, que creyó pertenecerle, cumplida su promesa de hablar. En caso de que su nombre despertara la indignación de los circunstantes, Pipá pensaba salir de allí con toda la dignidad posible y con la caja de dulces, que era suya, si lo tratado es tratado.

el ropón de Celedonio y hasta en los pantalones quiso esconder dulces, pero como no tenían bolsillos, sino ventanas practicables los pantalones de Pipá, cayeron los dulces pantalón abajo rodando por las piernas hasta dar consigo en la alfombra. Este contratiempo, que hubiera desorientado á otro, Pipá lo vió sin más cuidado que el de recoger las desparramadas golosinas y acomodarlas donde pudo en siendo dentro de la jurisdicción de su indumentaria.

¿Conque un baile? pensó Pipá; veamos qué es eso.

Estaba poco menos que borracho y para él ya no había clases, ni rangos, ni convención social de ningún género. Así es que se dejó caer sobre una butaca sin pedir permiso, saboreando las delicias de su vida de difunto y la admiración, que no menguaba con la confianza, que sentía la Mona con la presencia del Pipá soñado.

Llegó la hora en que Irene tuvo que ir á vestirse su traje de baile, de toda etiqueta, con cola muy larga, gran escote y guantes de ocho á diez botones.

Primero Irene tuvo el capricho de trocar este traje, natural en la señora de la casa,

por una mortaja como la de Pipá. Julia se opuso, Irene insistió y Pipá tuvo que intervenir con el gran prestigio de su autoridad sobrehumana.

--¡Ay que boba! ¿crees tú que este traje se puede comprar? Muere y entonces tendrás uno. ¡Moo! ¡Moo!

— Bueno, replicó la mona convencida, pues que venga Pipá á verme vestir.

— *Improper*, dijo la institutriz, que había venido á buscar á Irene para llevársela á su *boudoir* de angelillo.

Pipá no sabía inglés y no entendió lo que la institutriz alegaba para oponerse á tan justa reclamación.

Pero al fin venció la honestidad y Pipá quedó solo por algunos momentos en aquel gabinete azul, alumbrado por una luz muy parecida á la luna, pero más brillante, que alumbraba desde cerca del techo, colgada como las lámparas de Santa María.

En la soledad se entregó Pipá, sin pizca de vergüenza, á satisfacer la curiosidad del tacto, poniendo mano en todos aquellos muebles, manoseándolo todo con riesgo de romper los objetos delicados que sobre consolas y veladores había.

Su gran sorpresa fué la que le produjo el armario de espejo, devolviéndole á la espantada vista la imagen de aquel Pipá sobrenatural que él había ideado al buscar su extraña vestimenta.

Pipá contempló el Pipá de cuerpo entero que tenía enfrente, y volvió de súbito á toda la dignidad y parsimonia majestuosa que manifestara en un principio; porque la imagen que le ofrecía el azogue despertó su conciencia de fantasma. Indudablemente Irene tenía razón para tratarle con tanto respeto. Se reconoció imponente. Acercóse al espejo, tocó casi con la nariz en el cristal, y tocó, sin casi, con la lengua; y aunque esto es también indigno de un héroe, y de cualquier persona formal, cuanto más de un aparecido, es lo cierto que Pipá estuvo lame que te lamerás el espejo; porque su contacto le refrescaba la lengua que tenía abrasada con el abuso de los licores.

—¡Moo! dijo al fantasma que tenía enfrente, y gesticuló con el aparato de contorsiones que él creía más adecuado al lenguaje mímico del otro mundo.

En esta ocupación fantástica le encontró

Irene cuando volvió hecha un brazo de mar, convertida en una muñeca como aquellas que la niña tenía y yacían por el suelo en posturas indecorosas y no todas en la perfecta integridad de su individuo.

Irene, en traje de baile, con el pelo empolvado, con la majestuosa cola, se creyó digna de Pipá, y tomándole la mano, le dijo solemnemente:

—Vamos, que el baile empieza. Ya están ahí los niños, no les digas que eres Pipá, porque echarán á correr y ¡adiós mi baile!

Pipá aceptó la mano de la muñeca, que no le llegaba al hombro, y eso que él no era buen mozo, como dejó dicho.

Y seguidos de Julia entraron en el salón de baile el fantasma y la señora que recibía.

## V

Había terminado la fiesta. Pipá oía desvanecerse á lo léjos el ruido de los coches que devolvían á las familias respectivas todo aquel pequeño gran mundo en que el

pillete de la calle de Extremeños había brillado por dos ó tres horas. Irene le había tenido todo el tiempo á su lado; para él habían sido los mejores obsequios. De tanto señor vestido á la antigua española, de tantas damas con traje de corte que bien medirían tres cuartas y media de estatura, de tanto guerrero de deslumbrante armadura, de tanta aldeana de los Alpes, de tantos y tantos señores y señoras en miniatura, nadie había podido llamar la atención y el aprecio de la mona del Palacio consagrada en cuerpo y alma á su máscara, al fantasma que la tenía dominada por el terror y el misterio. Pipá había estado muy poco comunicativo. Cuando se llegó al bufet, repartió subrepticamente algunos pellizcos entre algunos caballeros que se atrevieron á disputarle los mejores bocados y el honor lucrativo de acompañar á Irene.—¿Quién es esa máscara? ¿De qué viene vestido ese?—A estas preguntas de los convidados, Irene sólo respondía diciendo:—¡Es mío, es mío!

Aunque Pipá no simpatizó con aquella gente menuda, cuya debilidad le parecía indigna de los ricos trajes que vestían, y

más de las hermosas espadas que llevaban al cinto, sacó el partido que pudo de la fiesta, aprovechando el favor de la señora de la casa. Comió y bebió mucho, se hartó de manjares y licores que nunca había visto y se creyó en el cielo del Dios bueno, al pasear triunfante al lado de Irene por aquellos estrados, cuyo lujo le parecía muy conforme con los sueños de su fantasía, cuando oyera contar cuentos de palacios encantados, de esos que hay debajo de tierra y cuya puerta es una mata de lechugas que deja descubierta la entrada á la consigna de: ¡ábrete Sésamo!

Concluído el baile, Irene yacía en su lecho de pluma, fatigada y soñolienta, acompañada de Pipá y de la marquesa. Julia, inclinada sobre la cabecera hablaba en voz baja, casi al oído de la niña. Pipá del otro lado del lecho, vestido aún con el fúnebre traje de amortajado, tenía entre sus manos una diminuta y blanca de la mona, que, hasta dormir, quería estar acompañada de su muñeco de movimiento. No habría consentido Irene en acostarse sino previa la promesa solemne de que Pipá no saldría de su casa aquella noche, dormiría cerca de

su alcoba y vendría muy temprano á despertarla para jugar juntos al día siguiente y todos los días en adelante. La marquesa, previo el consentimiento de Pipá, prometió lo que Irene pedía, y con estas condiciones se metió la niña en el lecho de ébano con pabellón blanco y rosa. Pipá, en pie, se inclinaba discretamente sobre el grupo encantador que formaban las rubias cabezas mezclando sus rizos; Irene tenía los ojos fijos en el rostro de su madre, y su mirada tenía todo el misterio y toda la curiosidad mal satisfecha con que antes la vimos fija en la luna. Pipá miraba la cama del pabellón con ojos también soñadores. Julia contaba el *cuento de dormir*, que aquella noche había pedido Irene que fuese muy largo, muy largo, y muy lleno de peripecias y cosas de encanto. Los párpados de la niña que parecían dos pétalos de rosa se unían de vez en cuando, porque iba entrando ya *Don Fernando*, como llamaba la madre al sueño, sin que yo sepa el origen de este nombre de Morfeo. Pero el pillete, acostumbrado á trasnochar, más despierto con las emociones de aquella noche, y de veras interesado con la narración de Julia, oía

sin pestañear, con la boca abierta; y aunque cazarro y socarrón y muy experimentado en la vida, niño al fin, abría el alma á los engaños de la fantasía y respiraba con delicia aquel aire de lo sobrenatural y maravilloso, natural alimento de las almas puras, jóvenes é inocentes.

El placer de oír cuentos era de los más intensos para Pipá; suspendióse en él toda la malicia de sus pocos pero asendereados años, y quedaba sólo dentro del cuerpo miserable su espíritu infantil, puro como el de la misma Irene. La fantasía de Pipá tenía más hambre que su estómago; Pipá apenas había tenido *cuentos de dormir* al lado de su cuna; esa semilla que deja el amor de las madres en el cerebro y en el corazón, no había sido sembrada en el alma de Pipá. Tenía doce años, sí, pero al lado de Irene y Julia, que gozaban el misterioso amor de la madre y el infante, era un pobre niño que gozaba con delicia de los efluvios de aquel cariño de la cuna, que no era suyo, y al que tenía derecho, porque los niños tienen derecho al regazo de la madre y él apenas había gozado de esta vida del regazo. De todo cuanto Pipá ha-

bía visto en el palacio nada había despertado su envidia, pero ante aquel grupo de Julia é Irene besándose á la hora de dormirse el ángel de la cuna, Pipá se sintió sediento de dulzuras que veía gozar á otros, y hubiérase de buena gana arrojado en los brazos de la marquesa pidiéndole amor, caricias, cuentos para él. En el cuento de aquella noche había, por supuesto, bailes de máscaras celebrados en regiones encantadas, servían los refrescos las manos negras, que siempre hacen tales oficios en los palacios encantados, las mesas estaban llenas de riquísimos manjares, especialmente de aquellos que á Irene más le agradaban, y era lo más precioso del caso que los niños convidados podían comer á discreción y sin ella de todo, sin que les hiciese daño. Irene insinuó á su madre la necesidad de que Pipá anduviese también por aquellas regiones.

Y decía Julia:— Y había una niña muy rubia, muy rubia, y muy bonita, que se llamaba Irene,— Irene sonreía y miraba á Pipá con cierto orgullo, — que iba vestida de señora de la corte de Luis XV, con un traje de color azul celeste...—¿Y con pen-

dientes de diamantes? — Y con pendientes de diamantes.—¿Y había una máscara que se llamaba Pipá? preguntaba Irene.— Y había un Pipá vestido de fantasma.— Aquí era Pipá el que sonreía satisfecho...

Después de ver pasar á los personajes del cuento por un sin número de peripecias, Irene se quedó dormida sin poder remediarlo.— Ya duerme, dijo la marquesa, que enfrascada en sus invenciones, que á ella misma la deleitaban más de lo que pudiera creer, no había sentido al principio que la niña estaba con los angelitos. Pipá volvió con tristeza á la realidad miserable. Suspiró y dejó caer blandamente la mano de nieve que tenía entre las suyas.—¿Verdad que es muy hermosa mi niña? dijo Julia que se quedó mirando á Pipá con sonrisa de María Santísima, como la calificó el pillete para sus adentros.— El amortajado miró á la marquesa y atreviéndose á más de lo que él pensara, en vez de contestar á la pregunta hizo esta otra:—¿Y qué más?— Era la frase que acababa de aprender de labios de Irene; en aquella frase se pedía indirectamente que el cuento se prolongase.

Y Julia, llena de gracia, inflamada en dulcísima caridad, de esa que trae á los ojos lágrimas que deposita en el corazón Dios mismo para que nos apaguen la sed de amor en el desierto de la vida, Julia, digo, hizo que Pipá se sentara á sus piés, sobre su falda, y como si fuese un hijo suyo besóle en la frente, que ya no tapaba la careta de calavera; y eran de ver los pardos ojos de Pipá, puros y llenos de visiones que los hacían serios, siguiendo allá en los espacios imaginarios las aventuras que contaba la marquesa.

¡Aquello sí que era el cielo! Pipá se creía ya gozando del Dios bueno, y para nada hubiera querido volver á la tierra, si no hubiera en ella... pero dejemos que él mismo lo diga.

Fué el caso que la marquesa, loca de imaginación en sus soledades, y sola se creía estando con Pipá, continuó el cuento de la manera más caprichosa. Aquel Pipá y aquella Irene del palacio encantado, crecían, ella se hacía una mujer hermosa, poco más ó menos de las señas de su madre.—¿Más bonita que V.? preguntaba Pipá dando con esto más placer á la mar-

quesa del que él ni ella pensaban que pudiera dar tal pregunta.—Sí, mucho más bonita.—Y para pagar la galantería, Julia se figuraba que el Pipá hecho hombre era un gallardísimo mancebo, y procuraba que conservara aquellas facciones que en el pillastre eran anuncio de varonil belleza...—¡Qué extraña casualidad había juntado el espíritu y las miradas de aquellos dos seres que parecían llamados á no encontrarse jamás en la vida! —La imaginación de Pipá, poderosa como ninguna, una vez excitada, intervino en el cuento y la narración se convirtió en diálogo.—Irene tiene castillos, y muchos guerreros que son sus criados, decía Julia.—Y Pipá, respondía el interesado, es un caballero que mató muchos moros, y le hacen rey... Y así estuvieron soñando más de media hora el pillastre y la marquesa. Mas ¡ay! precisamente al llegar al punto culminante de la fábula, á la boda de la castellana Irene y del rey Pipá, éste interrumpió el soñar, hizo un mohín, se puso en pie y dijo con voz un poco ronca, truhanesca, y escupiéndolo, como solía, por el colmillo:

—Yo no quiero ser rey, voy á ser *de la tralla*.

—¡De la tralla!—Sí, zagal de la diligencia grande de Castilla.—Pero hombre, entonces no vas á poder casarte con Irene.—Yo quiero casarme con la Pistañina.—¿Quién es la Pistañina?—La hija del ciego de la calle de Extremeños. Esa es mi novia.

## VI

Era media noche. Ni una nube quedaba en el cielo. La luna había despedido á sus convidados y sola se paseaba por su palacio del cielo, vestida todavía con las galas de su luz postiza.

Pipá velaba en el lecho que se había improvisado para él cerca del que solía servir al cochero. Pero aquella noche la gente del servicio, sin permiso del ama, había salido á correr aventuras. El cochero y otros dos mozos habían dejado el

tranquilo palacio y la puerta imprudentemente entornada. Pipá, que todo lo había notado, vituperó desde su lecho aquella infame conducta de los lacayos. El no sería lacayo, para poder ser libre sin ser desleal. Al pensar esto recordó que la gente de la cocina le había elogiado su buena suerte en quedarse al servicio de Irene: y recordó también cierta casaca que había dejado apenas estrenada un enano que servía en la casa de lacayo y que había muerto.—A Pipa le estará que ni pintada la casaca del enano, había dicho el cocinero.

Al llegar á este punto en sus recuerdos, Pipá se incorporó en su lecho, como movido por un resorte. Por la ancha ventana abierta vió pasar los rayos de la blanca luna. Vió el cielo azul y sereno de sus noches al aire libre y al raso. Y sintió la nostalgia del arroyo. Pensó en la Pistañina que le había dicho que aquella noche tendría que cantar en la taberna de la Teberga hasta cerca del alba. Y se acordó de que en aquella taberna tenían una broma los de la tralla, los delanteros y zagales de la diligencia ferrocarrilana y los del correo. Pipá saltó del lecho. Buscó á tientas su

ropa; después la que había ganado en buena lid y robado en la iglesia, y vuelto á su vestimenta de amortajado, sin pensarlo más, renunciando para siempre á las dulzuras que le brindaba la vida del palacio, renunciando á las caricias de Irene y á los cuentos de Julia, y á sus miradas que le llenaban el corazón de un calor suave, no hizo más que buscar la puerta, salió de puntillas y en cuanto se vió en la calle, corrió como un presidiario que se fuga; y entonces sí que hubiera podido pasar á los ojos del miedo por un difunto escapado del cementerio que volvía en noche de carnaval á buscar los pecados que le tenían en el infierno.

La entrada de Pipá en la taberna de la Teberga fué un triunfo. Se le recibió con rugidos de júbilo salvaje. Su disfraz de muerto enterrado pareció del mejor gusto á los de la *tralla*, que en aquel momento fraternizaban, sin distinción de coches. Pipá vió, casi con lágrimas en los ojos, cómo se abrazaban y cantaban juntos un coro un delantero del *Correo* y un zagal de la *Ferrocarrilana*.

No hubiera visto con más placer el prudente Nestor abrazados á Agamenon y Aquiles.

Aquellos eran los héroes de Pipá. Su ambición de toda la vida ser delantero. Sus vicios precoces, que tanto le afeaba el vulgo, creíalos él la necesaria iniciación en aquella caballería andante. Un delantero debía beber bala rasa y fumar tagarninas de á cuarto. Pipá comenzaba por el principio, como todo hombre de verdadera vocación que sabe esperar. *Festina lente*, pensaba Pipá aunque no en latín, y esperando que algún día sus méritos y sus buenas relaciones le hiciesen delantero, por lo pronto ya sabía el aprendizaje del oficio. Blasfemaba como un sabio, fumaba y bebía y fingía una malicia y una afición al amor carnal, grosero, que no cabía aún en sus sentidos, pero que era perfecta imitación de las pasiones de sus héroes los zagales. El aguardiente le repugnaba al principio, pero era preciso hacerse á las armas. Poco á poco le fué gustando de veras y cuando ya le iba quemando las entrañas, era en Pipá este vicio el único verdadero.

Todos los de la *tralla*, sin distinción de

empresas ni categorías, estaban borrachos. Terminada la cena, habíase llegado á la serie interminable de *copas* que había de dar con todos en tierra. En cuanto Pipá, á quien se esperaba, estuvo dentro, se cerró la taberna. Y creció entonces el ruido hasta llegar á infernal. Pipá bailó con la Retreta, mujer de malísimos vicios, que al final del primer baile de castañuelas cogió al pillete entre sus fornidos brazos, le llenó la cara de besos y le prodigó las expresiones más incitantes del cínico repertorio de sus venales amores. ¡Cómo celebró la chusma la gracia con que la Retreta se fingió preñada de Pipá! Pipá, aunque agradecido á tantas muestras de deferencia, á que no estaba acostumbrado, sintió repugnancia al recibir aquellos abrazos y besos asquerosos. Se acordó de la falda de Julia que pocas horas antes le diera blando asiento. Además, estaba allí la Pistañina. La Pistañina, al lado de su padre que tocaba sin cesar, cantaba á grito pelado coplas populares, obscenas casi todas. Su voz ronca, desgarrada por el cansancio, parecía ya más que canto, un estertor de agonía. Aquellos inhumanos, bestias feroces, la

hubieran hecho cantar hasta que cayera muerta. Cuando la copla era dulce, triste, inocente, un grito general de reprobación la interrumpía, y la Pistañina, sin saber porqué, acertaba con el gusto predominante de la reunión volviendo á las obscenidades.

Tengo frío, tengo frío,  
dijo á su novio la Pepa;  
él la apretó contra el pecho  
y allí se le quedó muerta

cantó la niña y el público gritó:— ¡Fuera! ¡fuera! ¡otra!

Y la Pistañina cantó:

Quisiera dormir....

— ¡Eso, eso! ¡venga de ahí!

La embriaguez estaba ya en la atmósfera. Todo parecía alcohol; cuando se encendía un fósforo, la Pistañina, la única persona que no estaba embriagada, temía que ardiese el aire y estallase todo.

Pipá, loco de alegría, viéndose entre los suyos, comprendido al fin, gracias á la invención peregrina del traje de difunto, alternando con lo mejor del gran mundo de la tralla, hizo los imposibles de gracia, de

desvergüenza, de cinismo, olvidado por completo del pobre ángel huérfano que tenía dentro de sí. Creía que á la Pistañina le agradaban aquellos arrebatos de pasión soez, aquellos triunfos de la desfachatez. Tanto y tan bueno hizo el pillete, que la concurrencia acordó, con esa unanimidad que sólo inspira en las asambleas la borrachera del entusiasmo ó el entusiasmo de la borrachera, acordó, digo, celebrar la apotheosis de Pipá, como fin de fiesta. Anticipando los sucesos, quisieron celebrar el entierro de la sardina, enterrando á Pipá. Este prometió asistir impasible á sus exequias. Nadie se acordó allí de los antecedentes que tenía en la historia esta fúnebre excentricidad, y lo original del caso los embriagó de suerte—si algo podía ya embriagarlos,—que antes hubieran muerto todos como un solo borracho, que renunciar á tan divertido fin de fiesta.

Pipá, después de bailar en vertiginoso baile con la Retreta, cayó en tierra como muerto de cansancio. Quedó rígido como un cadáver y ante las pruebas de defunción á que le sujetaron los delanteros sus amigos, el pillastre demostró un gran ta-

lento en el arte de hacerse el muerto—*¡Tonino è moruto!* dijo un zagal que recordaba esta frase oída á un payaso en el Circo, y la oportunidad del dicho fué celebrada con cien carcajadas estúpidas. *¡E moruto! ¡moruto!* gritaban todos, y bailaban en rueda, corriendo y atropellándose hombres y mujeres en derredor de Pipá amortajado. Por las rendijas de puertas y ventanas entraba algo de la claridad de la aurora. Los candiles y quinqués de fétido petróleo se apagaban, y alumbraban la escena con luz rojiza de siniestros resplandores las teas que habían encendido los de la tralla para mayor solemnidad del entierro. La poca luz que de fuera entraba en rayas quebradas parecía más triste, mezclada con la de aquellas luminarias que envenenaban el aire con el humo de olor insoportable que salía de cada llama temblorosa. En medio de la horrisona gritería, del infernal garbullo, sonaba la voz ronca y desafinada de la Pistañina, que sostenía en sus hombros la cabeza de su padre borracho. Blasfemaba el ciego, que habia arrojado la guitarra lejos de sí, y vociferaba la Pistañina desesperada llorando y diciendo:—*¡Que se quema la*

casa, que queman á Pipá, que va á arder Pipá, que las chispas de las teas caen dentro de la pipa!... — Nadie oía, nadie tenía conciencia del peligro. Pipá yacía en el suelo pálido como un muerto, casi muerto en realidad, pues su débil cuerpo padecía un síncope que le produjo el cansancio en parte y en parte la embriaguez de tantas libaciones y de tanto ruido; después fué levantado sobre el pavés... es decir, sobre la tapa de un tonel y colocado, en postura supina, sobre una pipa llena de no se qué líquido inflamable; acaso la pipa del petróleo.

La pipa estaba sin más cobertera que el pavés sobre el que yacía Pipá, sin sentido. — Pipá no está muerto, está borracho, — gritó Chiripa, delantero de trece años. — Darle un baño, darle un baño, para que resucite, — se le ocurrió añadir á Pijueta, un zagal cesante... y entre Chiripa, Pijueta, la Retreta y Ronquera, que estaba en la fiesta, aunque no era de la tralla, zambulleron al ilustre Pipá en el terrible líquido que contenía aquel baño que iba á ser un sepulcro. Nadie estaba en sí: allí no había más conciencia despierta que la de la Pistañina, que luchaba con su padre furio-

so de borracho. La niña gritaba: ¡Que arde Pipá!... y la danza diabólica se hacía cada vez más horrisona; unos caían sin sentido, otros con él, pero sin fuerza para levantarse; inmundas parejas se refugiaban en los rincones para consumir imposibles liviandades, y ya nadie pensaba en Pipá. Una tea mal clavada en una hendidura de la pared amenazaba caer en el baño funesto y gotas de fuego de la resina que ardía, descendían de lo alto apagándose cerca de los bordes de la pipa. El pillastre sumergido, despierto apenas con la impresión del inoportuno baño, hacía inútiles esfuerzos por salir del tonel; mas sólo por el vilipendio de estar á remojo, no porque viera el peligro suspendido sobre su cabeza y amenazándole de muerte con cada gota de resina ardiendo que caía cerca de los bordes, y en los mismos bordes de la pipa.

— ¡Que se abrasa Pipá, que se abrasa Pipá! — gritó la Pistañina. Los alaridos de la bárbara orgía contestaban. De los rincones en que celebraban asquerosos misterios babilónicos aquellos sacerdotes inmundos salían agudos chillidos, notas guturales, lascivos ayes, ronquidos nasales de

maliciosa expresión con que hablaba el placer de la bestia. El humo de las teas, ya casi todas extintas, llenaban el reducido espacio de la taberna, sumiéndola en palpables tinieblas: la luz de la aurora servía para dar con su débil claridad más horror al cuadro espantoso. Brillando como una chispa, como una estrella roja cuyos reflejos atraviesan una nube, se veía enfrente del banco en que lloraba la Pistañina la tea suspendida sobre el tonel de Pipá.

Pronto morirían asfixiados aquellos miserables, si nadie les avisaba del peligro.

Pero no faltó el aviso. La Pistañina vió que la estrella fija que alumbraba enfrente, entre las nieblas que formaba el humo, caía rápida sobre el tonel... La hija del ciego dió un grito... que no oyó nadie, ni ella...

Todos salieron vivos, si no ilesos, del incendio, menos el que se ahogaba dentro de la pipa.

## VII

— ¡Es un carbón!

— ¡Un carbón completo!

— ¡Lo que somos!

— ¡No hay quien le conozca!

— ¡Si no tiene cara!

— ¡Es un carbón!

— ¿Y murió alguno más?

— Dicen que Ronquera.

— Cá, no tal. Á Ronquera no se le quemó más que un zapato... que había dejado encima de la mesa creyendo que era el vaso del aguardiente.

El público rió el chiste.

El gracioso era Celedonio; el público, el coro de viejas que pide á la puerta de Santa María.

El lugar de la escena, el pórtico donde Pipá había vencido el día anterior á Celedonio en singular batalla.

Pero ahora no le temía Celedonio. Como que Pipá estaba dentro de la caja de enterrar chicos que tiene la parroquia, como

esfuerzo supremo de caridad eclesiástica. Y no había miedo que se moviese, porque estaba hecho un carbón, un carbón completo como decía Maripujos.

La horrible bruja contemplaba la masa negra, informe, que había sido Pipá, con mal disimulada alegría. Gozaba en silencio la venganza de mil injurias. Tendió la mano y se atrevió á tocar el cadáver, sacó de la caja las cenizas de un trapo con los dedos que parecían garfios, acercó el infame rostro al muerto, volvió á palpar los restos carbonizados de la mortaja, pegados á la carne, y dijo con solemne voz, lo que puede ser la moraleja de mi cuento para las almas timoratas:

—¡Este pillo! Dios castiga sin palo ni piedra... Robó al santo la mortaja... y de mortaja le sirvió la rapiña... ¡Esta es la mortaja que robó ahí dentro!—Todas las brujas del corro convinieron en que aquello era obra de la Providencia.

Y dicha así la oración fúnebre, se puso en marcha el entierro.

La parroquia no dedicó á Pipá más honras que la *caja de los chicos*, cuatro tablonnes mal clavados.

Celedonio dirigía la procesión con traje de monaguillo.

Chiripa y Pijeta con otros dos pilletes llevaban el muerto, que á veces depositaban en tierra, para disputar, blasfemando, quién llevaba el mayor peso, si los de la cabeza ó los de los pies. Eran ganas de quejarse. Pipá pesaba muy poco.

La popularidad de Pipá bien se conoció en su entierro; seguían el féretro todos los granujas de la ciudad.

Los transeuntes se preguntaban, viendo el desconcierto de la caterva irreverente, que tan sin ceremonia y en tal desorden enterraba á un compañero:

—¿Quién es el muerto?

Y Celedonio contestaba con gesto y acento despectivos:

—Nadie, es Pipá.

—¡Pipá que murió quemado!—añadían otros pilletes que admiraban al terror de la pillería hasta en su trágica muerte.

En el Cementerio, Celedonio se quedó solo con el cadáver, esperando al enterrador, que no se daba prisa por tan insignificante difunto. El monaguillo levantó la *tapa del féretro*, y después de asegurarse

de la soledad... escupió sobre el carbón que había dentro.

Hoy ya nadie se acuerda de Pipá más que yo; y Celedonio ha ganado una beca en el seminario. Pronto cantará misa.

Oviedo, 1879.



AMOR'É FURBO